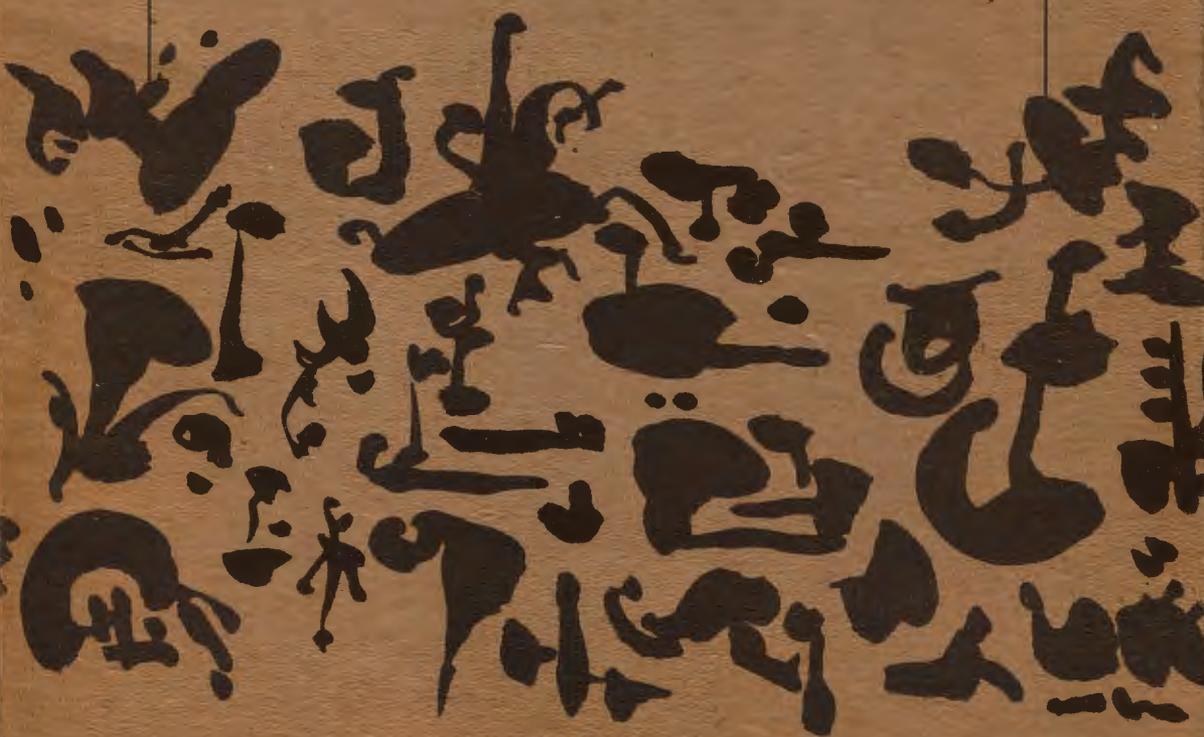


Juan F. Noyola

**El contenido social  
en la poesía de  
Ramón López  
Velarde**



Tezontle

*Tezontle*

Primera edición, 1989

**Ilustraciones:**

*Elvira Fernández*

**Diseño:**

*Argelia Ayala*

**Corrección:**

*Ignacio Aguilar Marcué*

**Cuidado de la edición:**

*Juanis Ugalde*

D. R. © 1989, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.  
Av. de la Universidad 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-3128-5

Impreso en México

Juan F. Noyola

**EL CONTENIDO SOCIAL  
EN LA POESÍA DE RAMÓN  
LÓPEZ VELARDE**



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO



Juan F. Noyola,  
más que un economista



Juan F. Noyola Vázquez desapareció físicamente hace 26 años en plena madurez cuando había puesto su talento, su relevante trayectoria académica y profesional y su experiencia de economista en organismos internacionales como el FMI y la CEPAL, al servicio de la Revolución Cubana.

El presente ensayo fue escrito cuando apenas tenía 21 años y estudiaba al mismo tiempo en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM y en el Colegio de México, donde realizó este trabajo.

Noyola aborda en estas páginas el análisis del contexto social de la poesía de Ramón López Velarde, cuyo centenario de nacimiento hemos conmemorado en 1988, con una prosa clara y directa donde hace gala de su fina sensibilidad y agudeza de investigador. Interpreta la gama de sentimientos del poeta y plasma su temprana erudición, que empezó a adquirir desde su infancia al través de apasionadas lecturas. Toma las vivencias de López Velarde y las hace suyas con natural identificación ya que, por coincidencia, él también fue un joven religioso y provinciano apegado a la esencia cultural de su natal San Luis Potosí.

La niñez de Noyola y parte de su adolescencia transcurren entre jesuitas y maristas. Fue conocedor profundo de la religión católica y observante devoto que llegó a pertenecer a la ACJM (Asociación Católica de la Juventud Mexicana) y más tarde —reclutado por jesuitas— a la Escuadra Tradicionalista, organización religiosa secreta de la que se desliga a los 18 años, desvinculándose definitivamente de la Iglesia.

La diferencia sustancial entre el poeta y el autor de este trabajo es tanto generacional como ideológica. Mientras que el poeta se desenvuelve en las postrimerías del porfiriato y los primeros años del México revolucionario, el joven economista lo hace en tiempos posteriores a la Revolución Mexicana llenos de acontecimientos singulares: el reparto de la tierra (la segunda y principal reforma agraria mexicana), la Guerra Civil española, la expropiación petrolera, la lucha antifascista, el arribo a México de valiosos intelectuales españoles en los años del cardenismo, y la Segunda Guerra Mundial.



No es ocioso, especialmente para las nuevas generaciones de mexicanos dedicados a las ciencias sociales y para quienes —de cualquier edad— cultivan otras especialidades, hacer aquí un breve trazo de la evolución de Juan F. Noyola.

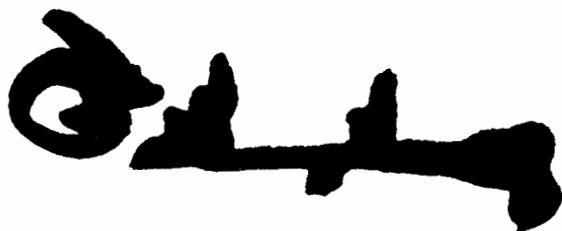
Desde la primaria vive un abrupto choque, pues las decisiones de su familia lo llevan al Colegio Franco Inglés, en el que del primero al cuarto año aprende Historia Sagrada y el Antiguo Testamento; después pasa a la escuela oficial donde en los “Sábados rojos” recibe clases de materialismo histórico y economía, e informaciones sobre los movimientos obreros y sobre la Unión Soviética.

Regresa en 1937 al reabierto Franco Inglés a cursar el primer año de secundaria. Pero de 1938 en adelante se incorpora a la Universidad Nacional en la que cursa el ciclo secundario, la preparatoria y los estudios profesionales en la Escuela Nacional de Economía. De nuevo el choque es frontal y esta vez más profundo. En Extensión Universitaria encuentra una composición diversa en alumnos y profesores, varios de estos últimos profesaban la cátedra también en el nivel superior y ensanchaban el horizonte de los alumnos de secundaria al facilitar la comunicación con preparatorianos y universitarios. Todo se debatía y todo se discutía, incluso la existencia de Dios.

Indudablemente la vida estudiantil para Noyola es de enfrentamiento ideológico; incita al adolescente a reflexionar, a investigar, a sistematizar su pensamiento. Esos años son el punto de partida de la transformación de sus ideas. En la constante lucha

ideológica entre grupos antagónicos surgió su inclinación por las ciencias sociales, que lo lleva a inscribirse en la Escuela Nacional de Economía y en el Colegio de México, centros ambos donde los maestros refugiados españoles, como el sociólogo José Medina Echavarría y el economista Antonio Sacristán Colás, alternaban con los mexicanos impartiendo clases y seminarios. Decisiva influencia ejerció el maestro potosino don Jesús Silva Herzog, de quien fuera discípulo dilecto.

Jóvenes de distintas escuelas universitarias, muchos de los cuales habrían de destacar más tarde como intelectuales o políticos fundan un nuevo Ateneo de la Juventud.\* Grupo crítico, combativo, antifascista, en el que la permanente polémica sobre cuestiones filosóficas, políticas, culturales y sociales y la incesante búsqueda del papel de los jóvenes y de una identidad nacional, se manifestaban en discusiones abiertas, como las mesas redondas de Crítica a la Revolución Mexicana, realizadas en 1944, en la Escuela Nacional de Economía.



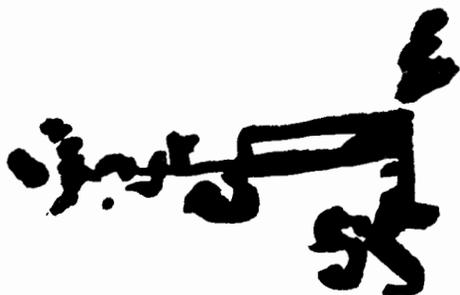
\* Fueron miembros del Ateneo: Sergio Avilés Parra (+). Rubén Bonifaz Nuño, Wilberto Cantón (+), Rafael Corrales Ayala, Luis Echeverría Alvarez, Ricardo Garibay, Enrique González Casanova, Fedro Guillén, Jorge Hernández Campos, Marcelo Javelly Girart, Bernardo Jiménez Montellano (+), Luis Marrón Guedea, Rodolfo Moctezuma Cid, Juan F. Noyola Vázquez (+), Salvador Reyes Nevares, Rafael Ruiz Marmolejo (+), Joaquín Sánchez Mac Gregor, Emilio Uranga (+), Carlos Vargas Ortiz y Fausto Vega.

Los años 1943-1946 son ricos en experiencias y de reafirmación y consolidación ideológica para Noyola. En ese tiempo comienza a publicar notas y artículos en la *Revista de Economía, Investigación Económica, El Trimestre Económico y Problemas Agrícolas e Industriales de México*. En 1946, cuando cursaba el cuarto año de Economía, a propuesta de Víctor L. Urduqui, recibe el ofrecimiento de colaborar como economista en la División Latinoamericana del Fondo Monetario Internacional. Termina ese año su carrera y marcha a Washington. Desde aquí, en 1947, se afilia al Partido Popular, único partido al que perteneció, fundado en ese año, entre otros, por Vicente Lombardo Toledano y Narciso Bassols.

Empieza entonces para Noyola su experiencia como economista en instituciones internacionales que abarcó casi 12 años de intenso aprendizaje. En el FMI colabora sólo 14 meses, pues considera su deber regresar a México en el crítico 1948 para desempeñarse en la Secretaría de Hacienda hasta fines de 1950, cuando se incorpora a la CEPAL.

Tras de un breve periodo en la subsección mexicana donde da forma final al estudio presentado en la siguiente Conferencia que iba a efectuarse en México en mayo de 1951, marcha a la sede cepalina de Santiago de Chile en ese mismo año, donde permanece hasta 1955, cuando prácticamente se ve desligado de la CEPAL por sus discrepancias ideológicas con Raúl Prebisch. En 1956 la Comisión solicita su colaboración en la subsección para realizar un importante estudio sobre nuestro país, trabajo apasionante que acepta.

Es durante su estancia en Chile cuando Noyola consolida su formación. Ahí nacen sus teorías originales sobre la inflación, y tiene un conjunto multifacético de vivencias, de hallazgos en la historia, la economía, la literatura y la música de ésta y otras naciones del subcontinente. Consideró un gran honor la entrañable amistad con artistas de la talla de Pablo Neruda y Volodia Tetelboin, y cultivó la de Violeta Parra, Manuel Rojas, Francisco Coloane, Salvador Allende, Olga Poblete y Pedro Vuskovic. Tuvo inolvidables encuentros con escritores como Miguel Angel Asturias, Rosa Oliver, Jorge Amado, y tantos otros.



En 1956, por conducto de Regino Boti, el economista cubano, entra en relación, en México, con Fidel Castro, Melba Hernández —heroína del Moncada—, Jesús Montané, Ramiro Valdés y otros futuros expedicionarios del Granma. A partir de entonces Noyola no se desvincularía del Movimiento 26 de Julio, cuyas vicisitudes siguió paso a paso.

Fue la CEPAL la que lo envía a Cuba en 1959, a la cabeza de una misión de apoyo técnico solicitada a la ONU por el Gobierno Revolucionario. Llega a Cuba en mayo de 1959, a pocos meses del triunfo de la Revolución, para cumplir con un acuerdo de la Conferencia bienal de Panamá. En Cuba desarrolla toda su energía y sus cualidades en una entrega sin condiciones a la tarea de abrir paso a las transformaciones reivindicadoras, a la defensa de una revolución que “es patrimonio de todos los pueblos de América Latina”.

Desde luego esa posición le crea problemas con la CEPAL (que reclama su presencia “indispensable” en Buenos Aires, México, Ginebra o Nueva York, a lo que Noyola se niega una y otra vez), hasta que, ante las presiones ejercidas por Washington sobre la secretaría general de la ONU, la CEPAL decide retirar su misión en Cuba. Noyola responde a Prebisch con su renuncia, documento que hoy puede considerarse como testamento político del economista internacionalista decidido a compartir con los cubanos las tareas en la construcción del socialismo.

Su presencia en Cuba deja huellas indelebles. Su nombre está indisolublemente vinculado a la creación de la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN); a la primera reforma universitaria y, en

particular, a la fundación de la Escuela de Economía; a la redacción de varias de las más importantes leyes revolucionarias; a la organización de cursos y programas especiales para administradores y estudiantes; a las comparecencias ante trabajadores y ante los principales medios de difusión; al trabajo voluntario en la agricultura y en la construcción de obras donde coincide con el comandante Guevara. Las inquietudes culturales de Noyola lo llevan también a ser copartícipe en la creación de la Casa de las Américas.



Mucho de lo que Noyola escribió permanece inédito o forma parte de los materiales de las instituciones en las que trabajó. No pocos trabajos realizados en la CEPAL se publicaron sin su nombre o como coautor, y otros más fueron tamizados hasta volverlos irreconocibles. La obra publicada con su firma, sin embargo, no es escasa, aunque dispersa en revistas como las mexicanas ya mencionadas, algunas chilenas y en sus últimos años, cubanas como *Cuba Socialista*, *Publicaciones* y *Verde Olivo*. Sus aportes originales despuntan desde antes de su tesis de licenciatura (1949) sobre el “desequilibrio fundamental” en el desarrollo, continúan en sus trabajos sobre la teoría de la inflación chilena, en su clásico ensayo-homenaje al maestro Silva Herzog de 1955 sobre la evolución del pensamiento económico en los pasados 25 años, en sus estudios sobre el desequilibrio externo de México y otros aspectos de la economía de nuestro país y de Centro América. Sus análisis históricos, sociopolíticos y económicos sobre el proceso revolucionario cubano, y particularmente sobre los problemas de la planificación en las peculiares condiciones de Cuba, fueron editados por Siglo XXI.



Indudablemente el principal aporte de Noyola es su propio ejemplo de honradez intelectual. Aunque nunca más su incesante ajetreo le permitió el tiempo para escribir sobre literatura, gustaba de la obra poética de Manuel José Othón, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Sor Juana, y de la de Martí, Darío, León Felipe, Lorca, Guillén, Fayad Jamis, Roque Dalton y Neruda. Siempre mantuvo la seguridad, como escribió en 1944 en este ensayo que ahora se publica y que se une a los trabajos de los especialistas en este centenario, de que

Ramón López Velarde, apolítico, ajeno casi a preocupaciones ideológicas "por fuera", nos da en su magnífica obra la imagen del mundo que tuvieron una clase social y una época de la historia mexicana, con una profundidad y una pureza que ningún ideólogo contemporáneo suyo alcanzó. Y les da a esa clase y a esa generación [...] el supremo argumento político, utilizado intuitivamente, sin que nadie lo sistematizara ni le sacara partido.

Juanis Ugalde  
México, diciembre, 1988.



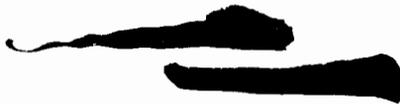


# A modo de introducción



Estoy plenamente seguro de que existen conexiones muy estrechas entre la obra de arte y su circunstancia social. Sin embargo, creo que el descubrimiento de tales relaciones exige una sensibilidad de finura comparable a la del artista asociada con un severo criterio analítico. Por esta causa no me ha sido posible evitar el peligroso campo de la crítica literaria —ajeno a mi vocación e inaccesible a mis facultades—, sino que me fue preciso invadirlo constantemente.

Asimismo reconozco —pese a la pretensión apuntada en la parte inicial del trabajo— que no sería posible interpretar la obra de López Velarde (ni de ningún otro artista) en función de la realidad en que se dio, sin recurrir a ideas previas sobre esa realidad. En efecto, el “contenido social de la literatura” puede ser entendido de dos diversos modos: o bien, suponiendo que la literatura es una fuente de información sobre una realidad, o bien, considerando que la literatura es producto o expresión de una situación social, sin que ello signifique que revele a primera vista esa situación, sino que por el contrario se precisa el conocimiento de esa situación para captar en su integridad el sentido de la obra literaria. Esta segunda posición ante el problema fue la que asumí yo. Si en ello erré, no lo sé. Sí estoy seguro de que un tema como éste no podía haberlo tratado de otro modo. Los resultados se juzgarán por la lectura de las páginas siguientes.





# Consideraciones generales



No se trata en este ensayo de hacer crítica literaria en el sentido de querer enjuiciar con un criterio estético la obra poética de López Velarde, ni tampoco en el de intentar descubrir influencias de otros artistas o escuelas literarias ni en el de pretender señalar los rasgos formales de un estilo. La intención que anima al presente trabajo es por una parte más modesta, por otra, quizá más ambiciosa. Se aspira, dejando intacto el dato estético, a encontrar en la poesía una imagen de la sociedad y de las fuerzas que la modelan y dirigen.

A primera vista, nada tan alejado de las cuestiones sociales y políticas como la poesía lírica. Parecerá absurdo encontrar influencias políticas o económicas en la obra individual por excelencia; descubrir instintos e ideales colectivos entre sentimientos de una subjetividad sublimada al extremo. No obstante, en la temática lírica se encuentran elementos y circunstancias de la vida social. El paisaje, las instituciones, los tipos humanos que representan grupos o clases se muestran en cuadros vivos que ninguna descripción formal prodría igualar. Y sin embargo cuando aparecen elementos sociales en la poesía no son, en cuanto tales, sino meros pretextos.

Y es que el poeta no sólo los expresa sino que toma partido frente a ellos, los clasifica y los ordena según la jerarquía que sus preferencias le dictan. En este juicio estimativo radica el valor de la lírica como documento social y aún político. Porque el poeta representa a un grupo, es el tipo ideal en quien los sentimientos colectivos alcanzan la máxima intensidad y la tabla de valores vigentes, la pureza más perfecta. Pero aún hay más, confrontando la obra del poeta —por un elemental sentido de probidad

científica— con otros documentos puramente auxiliares, se puede intentar descubrir en el fondo de sus sentimientos las causas de sus preferencias, los motivos reales que estructuran su jerarquía estimativa, incluso las circunstancias que condicionan el “modo” de su sensibilidad. Así, la poesía lírica, sin sobrestimarla demasiado, se manifiesta como un medio para descubrir las fuerzas actuantes en el proceso social.



Algunos dirán seguramente que la obra de arte no tolera interpretaciones de ningún género, que gusta o disgusta, pero no se discute; que provoca la admiración estática o la franca repulsión, pero no la meditación conienzuda. Tal actitud —que parte de la evidente afirmación de que lo artístico tiende esencial y primariamente a comunicar la Belleza— es irracional en su forma más extrema. En cualquier otro caso encierra un sofisma, confunde la apreciación puramente emocional de lo bello contenido en la obra, con la preocupación intelectual de encontrar su significado, su finalidad, sus relaciones con lo externo, las causas que lo han producido, cosas todas que pueden investigarse sin alterar su valor esencial.

Pero he aquí el segundo escollo. Se dirá que toda investigación en torno a los problemas mencionados no puede ni debe trascender de lo puramente literario, que toda reflexión crítica sobre la poesía no ha de tener más finalidad que la de precisar lo que hay en ella de estrictamente poético. Posición ésta tan falsa como la anterior de la que no es sino una variante, limitando el campo de la especulación sobre el arte a lo estético exclusivamente, que es desde luego, lo esencial, pero no lo único. Porque la poesía no se explica en su integridad en tanto que es poesía o en tanto que es bella, sino que ha de tenerse en cuenta su circunstancia.

Otros objetarán: el poeta lírico es de los artistas el de menos o ningún contenido social, su obra es individual por excelencia en sus determinantes, en su elaboración y en sus propósitos. A esto puede responderse que el medio social en que vive el poeta condiciona lo mismo las inquietudes anímicas que lo agitan que los medios de que se vale para expresarlas y las finalidades que persigue su obra. Todavía más, es quizá el sentimiento individual donde se puedan descubrir mejor los elementos y las raíces de la vida colectiva, las causas de sus conflictos y procesos, las influencias recíprocas entre hombre y comunidad. Porque en definitiva, los procesos sociales se realizan esencialmente en el plano de lo sentimental y de lo instintivo.

Argumento semejante al anterior esgrimen quienes piensan que la poesía lírica es una reacción contra lo social, una fuga de la realidad, un crearse el artista un mundo propio que le sea más atractivo que el que habita objetivamente. Esto no es propiamente un argumento contra la existencia de un contenido social de la lírica,

pues aún suponiendo que el poeta lírico fuese siempre un fugado de la realidad (lo que es más que problemático, dudoso), bastaría con invertir el cuadro de su poesía, obteniendo así en cierto modo su negativa, para trazar una fiel imagen de la realidad.

Un último argumento en contra, que a la vez revela el peligro mayor de una investigación sobre el contenido social de la poesía lírica, es el que supone que las conclusiones se elaboran previamente y que se hace decir al artista lo que el investigador quiere que diga, sobre todo en el caso en que éste profese determinado credo político o filosófico del que aquel aparecerá como apóstol. Evidentemente, puede suceder esto, y el peligro es serio pero se incurre en error casi tan grave como éste cuando por miedo a las tesis apriori se rechazan las teorías sociológicas que han de servir como métodos de interpretación. La diferencia entre los dos tipos de apriori es a menudo difícil de establecer. Sin embargo, en la medida que sea posible se soslayará en este trabajo el peligro de confundirlos.

Habiendo llegado a este punto, es menester explicar la elección hecha entre los poetas líricos de Hispanoamérica. Hasta aquí se ha hablado del contenido social de la poesía, pero es preciso subrayar que el poeta es en cierto modo inconsciente de ese contenido. Y es importante insistir en esto porque si es peligroso introducir tesis apriori en la obra de un poeta, lo es en mayor medida que éste sea quien las introduzca. O en otras palabras, que su sensibilidad no se manifieste tal cual es, nublada por propósitos programáticos o de partido. Este camino equívoco de la propaganda no conduce sino a la artificialidad de la poesía. Así se llegaría a la

paradójica situación del artista que a fuerza de ser sincero en política, es inauténtico en su obra. En cambio, el artista que tiene una posición social y política poco definida tal vez la manifieste en sus producciones con claridad e intensidad insospechadas por él mismo.

Ramón López Velarde, apolítico, ajeno casi a preocupaciones ideológicas "por fuera", nos da en su magnífica obra la imagen del mundo que tuvieron una clase social y una época de la historia mexicana, con una profundidad y una pureza que ningún ideólogo contemporáneo suyo alcanzó. Y les da a esa clase y a esa generación, como se verá luego, el supremo argumento político, utilizado intuitivamente sin que nadie lo sistematizara ni le sacara partido.





# La peculiar sensualidad de López Velarde



Conviene aclarar, antes de pasar adelante, los términos sensibilidad y sensualidad, teniendo en cuenta que las acepciones en que se les usará no tienen más pretensiones de validez que las necesarias para los propósitos del ensayo.

Por sensibilidad se entenderá aquí una facultad psíquica, la de captar a través de los sentidos el mundo exterior. Esta facultad puede ser más o menos diferenciada y en la medida que lo sea matizará y analizará con creciente sutileza los datos que la experiencia le suministre. Pero la sensibilidad, como mera facultad, tiene un valor puramente instrumental, es un medio que puede servir a múltiples fines.

La sensualidad, en cambio, es un modo de ser o como se dice hoy, pedantemente, una concepción del mundo. Supone la existencia de la sensibilidad pero implica además una valoración. La sensualidad consiste en valorar las cosas según lo placentero de las sensaciones que producen. El que la sensualidad sea tosca o refinada no es una cuestión que atañe a su esencia, sino que depende del desarrollo de la sensibilidad sobre la que está construida.



Toda esta larguísima digresión viene a cuento porque en Ramón López Velarde se encuentra el caso de una concepción sensual del mundo basada en una sensibilidad con características muy especiales. Las pruebas de esta afirmación son innumerables en la poesía del cantor zacatecano. Baste citar aquí:

Mi virtud de sentir se acoge a la divisa  
del barómetro lúbrico, que en su enagua violeta  
los volubles matices de los climas sujeta  
con una probidad instantánea y precisa.

Mi única virtud es sentirme desollado  
en el templo y la calle, en la alcoba y el prado.

"Ánima adoratriz"



A la descripción de la sensibilidad lópezvelardiana tiende esta parte del trabajo. Las reflexiones que dieron origen a esta descripción están inspiradas en la comparación que establece uno de los mejores críticos de López Velarde —Xavier Villaurrutia— entre éste y Baudelaire. Para explicar la diferencia esencial, a mi juicio, existente entre ambos es menester una nueva, breve, disquisición sobre las formas de la sensibilidad. En el acto de la sensación hay un objeto y un sujeto y la calidad de aquella depende tanto del uno como del otro. Pero es posible que el objeto influya más en la cali-

dad de la sensación que el sujeto y viceversa, obteniéndose así lo que podría calificarse, jugando un poco con los términos, de sensibilidad objetiva y sensibilidad subjetiva. Evidentemente en la sensualidad habría las dos variantes respectivas. Ahora bien, tanto Baudelaire como López Velarde son sensuales, tanto el uno como el otro tienen una finísima sensibilidad, uno y otro buscan lo inusitado en la sensación; sin embargo, Baudelaire es objetivista, para él la calidad, la intensidad, la novedad de las sensaciones dependen del estímulo externo que las produce; en cambio, para López Velarde los estímulos son los más sencillos posibles, no busca complicaciones, no tiene ese morboso afán que conduce al uso de excitantes cada vez más distintos y más poderosos y sin embargo el mundo de sus sensaciones es también variado y complejo. Si el origen de esta complejidad y variedad no está en los excitantes externos, ¿en que radica, pues? Sólo en una maravillosa capacidad de reproducir íntimamente sensaciones pasadas y triviales, combinándolas en formas inusitadas. Clave para interpretar este mundo nuevo e interior nos la da la adjetivación del poeta de Jerez. El adjetivo cumple así uno de las múltiples funciones a que lo destina López Velarde, expresando esa extraña facultad de unir cosas disímiles en imágenes de novedad y belleza insospechadas. Esta inicial nota de su sensibilidad tiene su explicación en un hecho de carácter social. Es la conciliación de una vida externa necesariamente monótona y sujeta a represiones continuas con un afán dionisiaco de gozarlo todo.

La sensualidad que alienta en López Velarde es esencialmente erótica. Ciertamente es que hay en el poeta la expre-

sión de un goce de los sentidos en forma más amplia, pero incluso las sensaciones más lejanas al terreno amoroso se trasladan a él, y en él cobran nueva y más honda significación. Dígalo si no aquello:

En mi pecho feliz no hubo cosa  
de cristal, terracota o madera,  
que abrazada por mí no tuviera  
movimientos humanos de esposa  
"En mi pecho feliz"

Y también en "El minuterero":

Yo se que aquí han de sonreír cuantos me han censurado no tener otro tema que el femenino. Pero es que nada puedo entender ni sentir sino a través de la mujer. Por ella, acatando la rima de Gustavo Adolfo, he creído en Dios; sólo por ella he conocido el puñal de hielo del ateísmo. De aquí que a las mismas cuestiones abstractas me llegue con temperamento erótico.

¡Que enorme profundidad alcanzan estos conceptos! Pero sólo es posible comentarlos aquí en cuanto expresan una nota diferencial de la sensualidad lópez-velardiana, explicable socialmente. La explicación es, a mi juicio, la siguiente: en una sociedad relativamente sencilla como la que ambientó a López Velarde, hay dos razones que hacen de la erótica la única forma de sensualidad. La primera consiste en la ausencia casi absoluta de otras formas de placer (la única que puede citarse es tosca, el alcohol, incapaz de ejercer ninguna atracción sobre un espíritu refinado). La otra razón es la dificultad, aureoleada de secreto, con que se realizan en una sociedad tal las relaciones con la mujer. Esta inaccesibilidad femenina artificializa el trato entre los sexos, y da lugar a la idealización del amor.

La permanencia en las sensaciones agradables da un tono de conformidad a la sensualidad de López Velarde. Gusta de reproducir los estados afectivos placenteros y tiende a mantenerse en ellos, huyendo del tiempo. Recuérdese:

Superstición, consérvame el radioso  
vértigo del minuto perdurable.

"Día 13"

Esta nota es, de todas, la más importante en la sensualidad del poeta. Norma toda su concepción de la vida social y en ella va contenida la explicación de una actitud política muy común y muy fuerte en México, el conservatismo por razones sentimentales y afectivas. El condicionamiento social de esta actitud y sus consecuencias más importantes se explicarán con amplitud más adelante. Baste aquí decir que tal afán de permanencia y repetición de las sensaciones se proyecta sobre los estímulos productores de éstas y se convierte en una aspiración al mantenimiento de las condiciones externas de la vida. Estas condiciones externas pueden sintetizarse y simbolizarse en la Patria, a quien pide el poeta constancia en su ser:

Patria, te doy de tu dicha la clave:  
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;

"La suave Patria"

Este anhelo de inmutabilidad se vuelca también hacia su propia obra y declara en el prólogo de *La sangre devota*: "De tal modo soy fanático por la inmutabilidad de la obra de arte, que la hago extensiva a sus anexos."

Por último, el anhelo de intemporalidad unido a la frecuencia de temas religiosos y bíblicos hacen creer a

Villaurrutia que López Velarde es un místico o cuando menos un hombre profundamente religioso. El mismo poeta parece dar lugar a esta interpretación, al referirse a su vida en estos términos:

yo puedo desandar mi camino rubí,  
hasta el minuto y hasta la casa en que nací  
místicamente armado contra la laica era.

"Ánima adoratriz"



Discrepando, no obstante, de este punto de vista, se podría aventurar la tesis de que lo místico es sólo aparente en López Velarde; su sentimiento religioso es sólo formal, es decir, desprovisto de un correlato objetivo de carácter trascendente. El proceso por el cual pierde su trascendencia el sentimiento religioso y desaparece la fe auténtica, quedando sin embargo la actitud afectiva, será descrito más adelante en el análisis de la vida provinciana. Aquí es suficiente señalar que lo trascendente se sustituye por la Iglesia, la Biblia, los recuerdos de una educación católica, los templos, las mujeres devotas, los sacerdotes, todo lo que contribuye a dar al poeta una imagen de lo que él llama religión, que le produce un conjunto de sensaciones agradables y que sirve para conservárselas.

En la ausencia de verdadero sentimiento religioso y la preocupación más bien episódica y siempre sensual por la muerte radica otra diferencia esencial entre López Velarde y Baudelaire. La explicación sociológica de esta diferencia se entenderá claramente cuando se determine la función de la religión en la vida provinciana.

Hasta aquí se ha intentado el análisis de la sensibilidad y de la imagen sensualista del Universo que informan la poesía de López Velarde. Los datos obtenidos son quizá muy exiguos, pero pueden servir como auxiliares para comprender su visión de la sociedad. Esta visión, por su parte, completará en buena medida la comprensión de la sensualidad y atará muchos cabos que hasta aquí se han dejado sueltos.





# Visión de la provincia



Para entender más claramente las influencias sociales en la manera de ser de López Velarde es menester conocer la imagen que tenía de la sociedad en que vivió. Esa sociedad, la provincia, ¿quien podría pintarla mejor que él? Oigámosle.

La provincia es ante todo un paisaje, uniforme paisaje de la Mesa Central. A cada uno de sus elementos lo siente López Velarde con intensidad y su interpretación se da en imágenes de riqueza plástica inusitada.

El cielo es:

... las garzas en desliz  
y el relámpago verde de los loros.  
"La suave Patria"

Pero el certero adjetivo lo califica de "cruel" ("La bizarra capital de mi Estado"). La crueldad es la sequedad implacable del clima zacatecano. Por eso las lluvias torrenciales valen al cielo el nuevo calificativo de "nupcial" cuando en "La suave Patria" pone de manifiesto la bendición fecunda que es el aguacero para la agricultura mexicana. Pero ese aguacero de temporal es irregular y hace de nuestra producción agrícola algo aleatorio. Este carácter del sistema productivo influye en el modo de ser del mexicano, que ve en la vida una gran lotería. Intuitivamente, el zacatecano establece esta relación entre clima y carácter, cuando dice en el mismo pasaje del poema:

...y oigo en el brinco de tu ida y venida,  
oh trueno, la ruleta de mi vida

Y más adelante define ese modo azaroso de la vida mexicana:

Como la sota moza, Patria mía,  
en piso de metal, vives al día,  
de milagro, como la lotería.

Pero la reacción ante el cielo y la lluvia es de tono más subjetivo —siguiendo una línea que vio muy bien Fernández Mac Gregor— cuando en “Tierra mojada” se oxida la voluntad del poeta, que se siente:

acólito del alcanfor,  
un poco pez espada  
y un poco San Isidro Labrador...

Al cantar el suelo patentiza López Velarde de modo semejante su maravillosa sensibilidad al paisaje, sin alcanzar nunca la profunda compenetración de alma y suelo lograda por Manuel José Othón. Le produce una sensación de infinitud:

Suave Patria: tu casa todavía  
es tan grande que el tren va por la vía  
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,  
con tu mirada de mestiza, pones  
la inmensidad sobre los corazones.



Ese suelo infinito es uniformemente verde, “superficie de maíz”, color y riqueza; menos en la desolación del norte, en la propia Zacatecas, en que es “tierra colorada”. El relieve le parece:

Altas  
y bajas del terreno,  
que son siempre una broma pesada.  
“La bizarra capital de mi Estado”

El marco físico de la provincia lo completan las alusiones variadas a plantas y animales abundantes sobre todo en “La suave Patria”, pero muy frecuentes en el resto de la obra del poeta de Jerez. Entre los animales son más frecuentes las aves (garzas, loros, alondra, chuparrosa, palomos colipavos, pájaros de oficio carpintero). Entre las plantas las frutas atraen su atención, en “Transmútase mi alma” dice que:

...respiraba hasta embriagarme  
la fruta del mercado de mi tierra.

Los naranjales anuncian el lugar nativo en “Viaje al terruño”. En “Las desterradas”, las nueces, los calabazates y las jícaras son motivo de añoranza de la provincia lejana.

En este punto se rebasa la indeterminable frontera de lo que es medio físico y lo que es riqueza, fuente de trabajo y determinante de organización social. Las frutas, los animales y la riqueza del subsuelo nos conducen a la interpretación que de la economía mexicana daba López Velarde. La riqueza legendaria de los minerales mexicanos se retrata magníficamente en el verso exacto:

tus minas el palacio del Rey de Oros,

y eso es también el “piso de metal” de la “sota moza”. Pero las entrañas de la tierra dan, además de los metales preciosos, el líquido que en la época de López Velarde es origen de una transformación social honda y de resultados que, por lo imprevisibles entonces, podían parecer peligrosos. Por eso dice el poeta:

y los veneros de petróleo el diablo.

La agricultura que es, como se vio antes, aleatoria y que es el monocultivo simbolizado en la “superficie de maíz”, es también la riqueza en frutas, tabaco, aguamiel, chía, ajonjolí; que hace pensar ingenuamente al poeta que la Patria es regalo, “alacena y pajarera”. Por último:

El Niño Dios te escrituró un establo

pinta el arrobo del provinciano ante la vida pastoril, en cuyo fondo está la creencia en las ilimitadas posibilidades ganaderas de México de principios de siglo, en que eran legendarios los rebaños de los Terrazas.

Al cuadro de la vida económica mexicana que se descubre en la obra del poeta le faltan muchos trazos para ser completo. Evidentemente no pueden hallarse en la poesía de López Velarde muchos datos que no por sabidos son menos indispensables para la interpretación que pretende darse aquí de la sociedad en que vivió.

Sobre la agricultura, que como se dijo antes, tiene un carácter aleatorio debido a la irregularidad climática, que es atrasada técnicamente y de bajos rendimientos y que es monocultora, se erige un régimen agrario en que la propiedad pertenece a unos cuantos y en que la

inmensa mayoría cultiva la tierra en beneficio de éstos. La minería, riqueza fundamental todavía entonces, está en poder del capitalismo extranjero, y sólo en mínima parte beneficia al país. La industria naciente en parte depende también del capital extranjero y en parte se halla en manos de una minoría privilegiada de allegados al gobierno. Éste, por su parte, lo ejerce un grupo inamovible, que desmiente con su permanencia y sus métodos dictatoriales la afirmación oficial de la democracia mexicana.

Como consecuencia de esta organización económica y política, la sociedad mexicana se estratifica en tres grupos: una minoría de propietarios de la tierra, capitalista y gobernante; una enorme capa de trabajadores, sobre todo agrícolas; y en medio, una pequeña burguesía que daba el tono de vida a las ciudades de provincia, en las que no existía aún un proletariado numeroso. Esta pequeña burguesía se daba cuenta de cuales eran sus límites, sabía que las principales fuentes de riqueza le estaban vedadas y que no le quedaban más posibilidades de ocupación y remuneración que las que le ofrecían el pequeño comercio, el artesanado, las profesiones liberales y la administración pública. Sin embargo, vivía tranquila y satisfecha, sin aspirar a grandes transformaciones sociales, pues intuía vagamente que no podría luchar contra las clases privilegiadas sin aliarse con los campesinos y el naciente proletariado, a cuyo contacto se asqueaba y cuyo poco respeto por el sagrado derecho de propiedad le horrorizaba. En consecuencia su actitud política era necesariamente conservadora, y esta actitud es la que está en el fondo de la poesía de López Velarde.

Pero para descubrir ese conservatismo y sobre todo, para encontrar la modalidad especial que lo distingue de otras actitudes conservadoras, es menester conocer el modo de vida y las instituciones de la provincia desde la perspectiva de la sensual sensibilidad del poeta. Hable él, pues, nuevamente, y revele el sentido de la vida provinciana y el de sus instituciones.

La vida de provincia tiene un tono general de monotonía, de tranquilidad. La existencia discurre lentamente:

y en tu provincia, del reloj en vela  
que rondan los palomos colipavos,  
las campanadas caen como centavos.

“La suave Patria”

y también:

Una frialdad unánime  
en el ambiente,...

“La bizarra capital de mi Estado”

Es que el tipo de ocupaciones proporcionadas por la estructura económica descrita previamente no exige un ritmo apresurado. De aquí la mexicanísima costumbre de la siesta, ya entonces incompatible en cierta medida con la vida capitalina; motivo éste de nostálgica evocación de la provincia en “Las desterradas”. La importancia que tuvo esta monotonía en la conformación espiritual del poeta se apuntó ya al tratar de su sensibilidad.

La monótona vida provinciana tiene, a modo de oasis, ciertos momentos diferentes, que López Velarde

destaca. El periódico descanso dominical, institución esencialmente provinciana, vive en estos versos:

En los claros domingos de mi pueblo, es costumbre  
que en la plaza descubran las gentiles cabezas  
las mozas, y sus ojos reflejan dulcedumbre  
y la banda en el kiosco toca lánguidas piezas.

“Domingos de provincia”

En otras ocasiones, lo que rompe el ritmo habitual es el circo, diversión inusitada, que se graba permanentemente en los niños pueblerinos y da a los mayores tema de conversación y de comentario para mucho tiempo (“Memorias del circo”).

Esta existencia tranquila se realiza en el marco de formas institucionales muy definidas. Entre ellas, como base y núcleo, la familia. Ante todo la familia es un ambiente, cuyos caracteres surgen y se repiten a cada paso en la poesía de López Velarde. Al azar se pueden destacar: de la típica casa provinciana las constantes alusiones a los balcones y las enrejadas ventanas, el “sonoro comedor”, el pozo, el piano, los santos, los cuadros de comedor, las canteras. Pero cada uno de los elementos enumerados aquí rápidamente no aparece en forma decorativa ni se describe con mucho cuidado. Su valor está en ir aparejado siempre con algún estado afectivo o con alguna situación. Las losas del patio se asocian a remotos juegos infantiles, el pozo a sensaciones indefinibles de infinitud y de amor a lo desconocido (a más de otras asociaciones de las que se hablará inmediatamente), los ventanales enrejados suscitan la imagen del noviazgo.

La familia es también tradición que se transmite por el nombre, por la propiedad, por las leyendas, cosas todas evocadas en "El viejo pozo". El pozo:

es un compendio de ilusión  
y de históricas pequeñeces.

testigo de muchas generaciones:

y que dio fe del ósculo primero  
que por 1850 unió las bocas  
de mi abuelo y mi abuela...

La inevitable leyenda de tesoro y espantos, asociada a escenas de bandidaje de nuestras luchas civiles, la tía que arrojó el dinero al pozo en una noche de saqueo y:

Hoy cuentan que mi tía se aparece a las once  
y que, cumpliendo su destino  
de tesorera fiel, arroja sus talegas  
con un ahogado estrépito argentino.



Ahora investiguemos la composición y la organización de la familia. Es este el momento de incidir nuevamente en el eterno tema de López Velarde, la mujer. Pero ya no sólo como mero estímulo y condicionante de su actitud ante el mundo, sino definiendo o cuando menos tipificando la mujer provinciana, para situarla en el marco familiar y descubrir su influencia en la educación y en las relaciones sociales.

Físicamente, el tipo de mujer más habitual es la morena, mestiza, cuya mejor descripción se ofrece en uno de los poemas de "La sangre devota":

...agudo perfil; cabellera  
tormentosa, nuca morena, ojos fijos;  
boca flexible, ávida de lo concienzudo,  
"Boca flexible, ávida"

A veces, no obstante, es "la blonda Sara" y "los ojos inusitados de sulfato de cobre" de María.

La mujer de la poesía lópezvelardiana es una mujer en que bulle la más ardiente pasión en continua lucha con el recato más severo; la rígida separación de los sexos establece barreras que ni la mayor intimidad puede romper. Es graciosa —con "gracia primitiva"— y tierna, alternativamente alegre y melancólica, capaz de "articular la sílaba lenta de un minucioso idilio" y de "persuadir a un agonizante a que diga amen", pues es profundamente religiosa y llena de virtudes cristianas. En ellas descansa la estabilidad de la provincia y de ellas depende la subsistencia de la patria:

Suave Patria: tú vales por el río  
de las virtudes de tu mujerío;

Esas virtudes son de modo muy especial las maternas, que contribuyen eficazmente a modelar el espíritu provinciano. La gran influencia materna se refleja en las evocaciones siempre gratas de la niñez. En "Mi prima Águeda", en "El viejo pozo", sobre todo en "Ser una casta pequeñez", la infancia se revive con una intensidad que claramente revela lo duradero de las impresiones recibidas en los primeros años de aquella vida recogida y centrada en torno al hogar.



La institución que sucede en importancia a la familia en aquella sociedad es sin duda la Iglesia, cuya influencia en la mente y en la conducta provinciana ya se ha entrevisto a lo largo de este trabajo. La Iglesia Católica logró reponerse a medias en la época porfirista del rudo golpe que le infligió el movimiento reformista, contando para ello como aliados con los terratenientes, la ignorancia popular y las mujeres, que obligadas a permanecer en sus casas, tenían la religión como escape a sus inquietudes espirituales y las visitas al templo como sustituto de una actividad social casi ausente de sus vidas. Las menciones a temas eclesiásticos y religiosos son innumerables en la poesía de López Velarde, van desde las alusiones puramente ilustrativas o descriptivas hasta las comparaciones de la propia persona del poeta con "un paño de ánimas" o con el candil

que pende de la bóveda de un templo; desde las íntimas preocupaciones religiosas —cuyo sentido se esbozó al tratar de la sensibilidad y se precisará más adelante— hasta las referencias a la importancia que tienen las festividades religiosas en las costumbres provincianas y sus preceptos éticos en la rigidez de la conducta individual.



El poder público como institución no tenía la misma importancia en aquella sociedad. Era un poco marginal, como lo revela lo escaso de las referencias que de él hace López Velarde. Es muy significativo en ese sentido aquel pasaje de “Memorias del circo”, en que ridiculiza al “ejemplar señor Gobernador de aquel Estado” y comprende “lo que es Poder Ejecutivo aturrullado”. En el fondo está la lucha, más aparente que real entonces, entre el Estado Liberal y el poder eclesiástico, que también pone en solfa nuestro poeta:

Católicos de Pedro el Ermitaño  
y jacobinos de época terciaria.  
(Y se odian los unos a los otros con buena fe.)  
“La bizarra capital de mi Estado”

Sin embargo la pugna entre Iglesia y Estado persistía en capítulo tan importante como la educación, y el sig-

nificado y los resultados de ella darán la clave para interpretar plenamente la obra de López Velarde.

La lucha en la educación se dio de modo admirablemente claro en la vida del poeta y puede seguirse el proceso a través de las continuas reflexiones sobre su formación que aparecen a lo largo de su obra poética.

Su educación empieza en un ambiente de religiosidad:

...cándida  
niñez, toda olorosa a sacristía...  
"Que sea para bien"

Después viene el seminario, que mantiene el mismo tono en la formación:

entonces era yo seminarista  
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato.  
"Tenías un rebozo de seda"

Pero llega la educación liberal, el poeta va a San Luis a estudiar leyes, conoce "el puñal de hielo del ateísmo", puede identificar el domingo con la superstición y se atreve a escribir:

Si digo carne o espíritu,  
paréceme que el diablo  
se ríe del vocablo;  
mas nunca vacilé  
mi fe si dije "yo".  
"Todo"

La emancipación de la fe se adscribe, inevitablemente, a su experiencia amorosa en "Que sea para bien".

Está ya en pleno racionalismo y lo asocia a su erotismo y a su instinto de seguridad:

Y vives la única vida segura:  
la de Eva montada en la razón pura.  
"Fábula dística"

Esta influencia perturbadora del racionalismo fue la que privó al sentimiento religioso de su correlato objetivo, pero no lo transformó. Para ello hubiera sido necesario transformar las condiciones todas de la vida provinciana, y existía, como se vio antes, una invencible repugnancia a tal transformación. Pero indudablemente una justificación tradicional o, más aún, una justificación trascendente de la estructura social provinciana se veían destruidas en su base por el impacto de la educación liberal —positivista—. Es evidente que se imponía alguna explicación favorable del orden de cosas por los que no estaban dispuestos a la transformación, entre los que se contaba López Velarde. El encontró la justificación más conforme con su espíritu, que era a la vez la más indestructible por la razón y la más inmune al contagio revolucionario. Las instituciones todas, la religión, la familia, incluso el aspecto físico de la provincia, incluso la explotación económica, la Patria toda, producen un estado de ánimo agradable, ¿porqué cambiarlas, pues? Al contrario:

Patria, te doy de tu dicha la clave:  
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;  
"La suave Patria"

Todo un orden de cosas se defiende así sensualmente.

Cuando en "El minuterero" ataca la propagación del Ejército de Salvación en México, no usa argumentos religiosos sino que habla del mal gusto y de lo ridículo de su credo y sus prácticas frente a la belleza solemne de la liturgia católica. Su "íntima tristeza reaccionaria" se debe a que el pueblo natal es un:

...edén subvertido que se calla  
en la mutilación de la metralla.

"El retorno maléfico"

Este argumento político, del que el propio poeta fue inconsciente ¿no es acaso el mismo que con análoga inconsciencia repiten los que prefieren el porfirismo porque entonces "la vida era más bonita"?

He aquí el último "contenido social" de López Velarde, pero su reaccionarismo no afecta en lo más mínimo la perfección estética de su obra. Antes bien, la imagen de un México que se fue, porque necesariamente debió irse, aparece doblemente bella cuando la imposibilidad de su vuelta se hace evidente.





# RESUMEN



En López Velarde se retrata la vida provinciana de principios de siglo. Es un poeta de la pequeña burguesía, o como se dice, de "clase media". La pequeña burguesía está satisfecha de su situación, conoce sus límites y no aspira a grandes transformaciones. La mentalidad de este grupo social es conservadora, pero, no obstante la gran influencia de la Iglesia Católica, no es tradicional. Esta aparente paradoja se explica porque el liberalismo permitió una formación racional y una libertad de juicio sobre todas las cuestiones, incluso las religiosas, de tal naturaleza, que hicieron imposible una ideología tradicional. Aparece entonces un conservatismo sui géneris, caracterizado por el afán de gozar plenamente la vida dentro del estrecho marco en que se da, rechazando toda pretensión de cambio. Esto se explica porque la vida provinciana, monótona, condiciona una sensibilidad apta sólo para el goce de lo duradero y estable y proyectada casi siempre hacia lo erótico. Este es un caso de que las puras ideas no transforman la mente. El racionalismo puede destruir la ideología tradicional, pero no mata al conservatismo porque deja inmutables las condiciones sociales en que se desarrolla éste, que producen una sensibilidad especial absolutamente inmune en su constitución interna a cualquier tendencia revolucionaria.



Este libro se terminó de imprimir el 7 de marzo de 1989 en los talleres de Offset Marvi, Leiria, 72; 09440 México, D. F. En su composición hecha en el sistema láser computarizado del Departamento de Composición del FCE, se utilizaron tipos Palatino y Tiffany de 12:14, 10:11, 9:10 y 8:9 puntos. La edición consta de 1 000 ejemplares.

A primera vista, nada tan alejado de las cuestiones sociales y políticas como la poesía lírica. Parecerá absurdo encontrar influencias políticas o económicas en la obra individual por excelencia; descubrir instintos e ideales colectivos entre sentimientos de una subjetividad sublimada al extremo. No obstante, en la temática lírica se encuentran elementos y circunstancias de la vida social. El paisaje, las instituciones, los tipos humanos que representan grupos ~~o~~ o clases se muestran en cuadros vivos que ninguna descripción formal podría igualar. Y sin embargo cuando aparecen elementos sociales en la poesía no son, en cuanto tales, sino meros pretextos.

La 21

